

recedido? Y por consiguiente todo lo que tienen, es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por donde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido: así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados á su señor, satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos esos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Allende desto el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podía hacer obra que fuese agradable á Dios, porque no acepta Dios servicios de enemigos, sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza, sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir que pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase á Dios, también podría hacer obra con que le agradase; pues para lo uno basta la naturaleza, y para lo otro es necesario la gracia. Mayormente que el hombre es más poderoso para dañarse, que para remediar el daño que él mismo se hace; porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resuscitarse; puede por sí solo caer en pecado, mas no puede por sí solo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay también otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de mas vil y baja condición (si lo comparamos con los ángeles), tanto es mayor la injuria que pecando hace, y menor la satisfacción que con su arrepentimiento ofrece. Porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor, y la satisfacción menor. Así vemos que la bofetada dada á un hombre honrado por una persona vil, se tiene por mayor injuria que la dada por otra noble; y asimismo la satisfacción de la tal persona es tenida por tanto de menor valor, cuanto la persona es mas desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfacción del hombre culpado, pues todo lo que despues de la sagrada humanidad de Cristo está criado, no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razón desto da agudamente Sant Anselmo, diciendo que pecar es desacatar á Dios (cuanto es de parte de la desobediencia del pecado); lo cual el hombre no debía hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale él infinitamente mas que todo ello. Por lo cual el derecho de la razón y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en satisfacción alguna cosa mayor que aquella por la cual no lo había de ofender, que es todo lo criado, lo cual el hombre no podía ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello; y así no tenía caudal para recompensar tan grande deuda como esta.

Y decendiendo mas en particular á tratar de los ángeles, no era razón que Dios cometiese el cargo desta satisfacción á alguno dellos por alto que fuese. Porque demas de las razones susodichas, era cosa impropria que siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfacción fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demas desto, como dice Eusebio Emiseno (e), fuera gran desorden que la criatura reparase lo que el Criador había formado. Y llevando el negocio por términos de justicia (como era razón), no valia tanto la persona del ángel, cuanto la salud de todo el mundo; y imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios; porque aprovechar á todos los siglos presentes, pasados y venideros, á solo el universal Señor de todos los siglos pertenecía. Y allende desto no convenia ni para la glo-

(e) Euseb. Emis. homil. 11. de Paschate.

ria de Dios, ni para la dignidad del hombre, ser por ángel redemido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre á Dios el beneficio de la criación, y al ángel el de la redención, siendo tanto mayor este beneficio que el otro, cuanto es mas el sér divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida, que quien lo crió en este valle de tantas miserias? Por donde si Dios por sí nos criara en esta vida, y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberíamos lo que es mas precioso, y á Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea este, decláralo Sant Augustin, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si vos me distes que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno sino vos? Porque si vos me distes el sér, y otro el buen sér, mejor sería el que me dió el buen sér, que el que me dió el sér. Mas aunque haya distancia de lo uno á lo otro, ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando él crió al hombre, él por sí solo lo quiso criar, y así dijo (f): Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Pues el que no se desdennó de criarlo por sí; había de tener asco de repararlo por sí? No por cierto: mas ántes si fué gran gloria suya criar al hombre, mucho mayor lo fué redimirlo. Pues no era razón que el comun Señor quitase esta gloria de sí, y la diese á su criatura; pues él dice por su Profeta (g) que él solo es Dios, y que á nadie ha de dar su honra. Por tanto el que fué nuestro criador, quiso también ser nuestro redemptor, para que toda esta gloria fuese suya, y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo Sant Anselmo en pocas palabras: Porque no repartieses el amor entre criador y redemptor, el mismo Señor quiso ser tu criador y redemptor.

CAPITULO V.

Cómo solo el Hijo de Dios en rigor de justicia podía descargar la comun deuda del linaje humano, y cuán conveniente haya sido este medio para este descargo.

De lo que acabamos de decir en este capítulo, resulta claro por las razones alegadas que ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura tenían caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano; sino que á solo aquel Señor que tuvo por bien criarlo, pertenecía redimirlo. Mas decendiendo agora á tratar este misterio mas en particular, será necesario declarar la órden y consejo admirable que la divina sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso pues primeramente que el camino y medio de nuestra salvación fuese contrario al de nuestra perdición; y que así como un hombre pecador había destruido al mundo, así otro hombre justo lo restituyese; y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro; y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la sanctidad de un solo hombre se derivase (cuanto es de su parte) en todos ellos. Esto pedia la ley y órden de justicia; y también lo pedia el órden de naturaleza que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la mas noble de aquel linaje: la cual fuese causa de la nobleza que hay en todas las que se compre-

(f) Genes. 1. (g) Esai. 42. et 48.

henden debajo della. Pongamos ejemplos. En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo que llaman el primer móvile; y este es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo en el linaje de los cuerpos resplandecientes (como son las estrellas) crió Dios una mucho mas resplandeciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben dél. Pues desta manera queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las ánimas de los santos, no solo ordenó que hubiese un sancto extremado y aventajado en toda sanctidad, del cual se derivase el resplandor de la sanctidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus Sanctorum*, que es el sancto de los santos, no solo porque es el mayor de todos, sino porque es sanctificador de todos; y por esto también se llama este Señor sol de justicia, porque dél reciben justicia y gracia todos los justos; y así dice Sant Juan (a), que de la plenitud y abundancia de su gracia recibimos todos gracia. Por donde entenderán los que por algunas piadosas conjeturas piensan tener alguna centella de gracia, ó de devoción, ó de sanctidad, de quién la tienen y á quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros á la cabeza, y las ramas del árbol á su raíz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos á sus causas, eso deben todos los justos á este justificador.

Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que tenemos es ser restituidos á la antigua amistad y gracia de nuestro Criador, la cual habíamos perdido por aquel comun pecado, por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres; los cuales, como el Apóstol dice (b), nascian hijos de ira. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes dellas, faltando esta, faltaban también los beneficios que desta amistad procedían. Lo cual declara el Señor por Esaías, diciendo (c): Vuestros pecados fuéron la causa de la división entre mí y vosotros; y ellos me apretaron las manos para no hacerlos bien.

Estando pues los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario (lo que se suele comunmente hacer cuando las partes están desavenidas) un buen tercero y medianero que las redujese á amor y concordia. Este no podía ser mas conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado. Porque el tal medianero convenia que fuese poderoso con ambas las partes, y sin sospecha dellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto ¿qué cosa se pudiera ordenar mas á propósito que hacerse Dios hombre para ser medianero entre Dios y los hombres? ¿Qué cosa mas fiel para con Dios que el que era Dios? Y ¿qué cosa mas fiel para con el hombre que el que era hombre? Y ¿quién mas amigo de ambas naturalezas que el que las tenía en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenía por suyos: el de Dios porque era Dios verdadero, y el del hombre porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podía, no digo ordenar, mas ni imaginar, ni desear mas á propósito.

Asimismo este medianero (demas de lo dicho) convenia que fuese amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; porque quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de apagar la llama deste odio,

(a) Joan. 1. (b) Ephes. 2. (c) Esai. 59.

quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, necesariamente había de ser amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; para que con la abundancia de su gracia se deshiciesen tantas desgracias, y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares, ha de ser en sí saladísima; y el sol que ha de dar claridad á todas las estrellas, ha de ser en sí clarísimo; y así el que ha de hacer gratos y amigos á todos los hombres en los ojos de Dios (siéndole ántes enemigos), ha de ser á él gratisimo y amicísimo. Pues ¿quién podía ser para esto mas conveniente que el unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? A este pues nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (d): Dios estaba en Cristo reconciliando por él consigo al mundo; y puso en nuestra boca la palabra y embajada desta reconciliación. Por lo cual (como fieles embajadores) os rogamos queráis reconciliarios con Dios; mayormente pues él siendo ofendido, no solo os convida primero con la paz, mas también os ofrece la satisfacción de la ofensa pasada, por medio del sacrificio de su Hijo. Pues por este medio el eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (e), nos trasladó al reino de su amatísimo Hijo y nos dió licencia y osadía para llegar á él por este medianero y pedirle mercedes. Y así lo confirmó el mismo Hijo cuando á sus discípulos dijo (f): No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que vosotros también le rogaréis y seréis admitidos y recibidos dél como yo; ca el Padre también os ama, porque vosotros me amastes y creistes que fui enviado por él. Como si mas claramente dijera: De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros, que no solo el Padre os haga mercedes por mi intercesión, sino también por la vuestra. Desta manera dice el Apóstol (g) que el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratisimo y amatísimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redención y perdon de nuestros pecados.

§. ÚNICO.

De cómo se hermanaron en esta obra de la divina bondad, misericordia y justicia.

Mas cerca desta reconciliación es mucho de notar que como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razón que se hallasen en esta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que también la ofensa quedase satisfecha. Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que despues de aquellas palabras que alegamos (Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados) añadió luego (h): Aquel que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, porque nosotros fuésemos justificados por él. Como si dijera: Aquel innocentísimo Cordero que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que mediante el mérito deste summo sacrificio fuese Dios aplacado, y la ofensa contra su divina majestad cometida quedase satisfecha; y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre, y justicia fué perdonarlos por la satisfacción

(d) 2. Cor. 5. (e) Coloss. 1. (f) Joan. 16. (g) Ephes. 1. (h) 2. Cor. 5.

de su Hijo. El cual, como no era deudor de muerte (porque no tenía pecado), ofreció la muerte que no debía, por la que el mundo debía. Y desta manera quedó el hombre perdonado, y el pecado castigado. Y así se cumplió lo que el Salmista había dicho (i), que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron, esto es, se hermanaron entre sí. Las cuales hasta entónces estaban diferentes. Esta fué una de las maravillas que Dios obró en este misterio; porque la misericordia y la justicia pedían cosas contrarias. La misericordia pedía que perdonase Dios al hombre, y la justicia que lo castigase. Entre las cuales dos demandas halló tal medio la divina sabiduría, que se cumplierse perfectísimamente lo que ambas partes pedían; porque no pudo ser mayor misericordia, que ofrescer su vida el Hijo de Dios por el hombre, ni mayor justicia, que pagarse la culpa del hombre con el sacrificio de Dios hecho hombre. Y aun pasa el negocio adelante; porque de tal manera se hallaron aquí estas dos virtudes juntas (siendo al parecer contrarias), que cuanto hay mas de la una, se halla mas de la otra; porque cuanto es mayor la justicia que Dios usó con su Hijo inocente, tanto fué mayor la misericordia de que usó con el hombre culpado; porque ni pudo ser mayor justicia que aquella, ni mayor misericordia que esta.

Y así como en esta obra se hallan estas dos compañeras de todas las obras divinas, así tambien se hallan otras dos, que semejantemente las acompañan: que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Porque en esta obra fué Dios summamente glorificado con aquel preciosísimo sacrificio de su Hijo, y el hombre copiosísimamente redimido y honrado, como adelante se declara.

Mas dirá por ventura alguno: ¿Qué orden de justicia consiente que pague el inocente por el culpado, pues no ménos desagrada á aquel justo y soberano Juez padecer el que no tiene pecado, que dejar el culpado sin castigo? A esto se responde que no agrada á Dios el castigo del inocente, mas agrádale summamente la caridad y misericordia del inocente, cuando de su propia voluntad se ofrece á satisfacer por el culpado, como lo podría hacer un hombre virtuoso, el cual viendo llevar á la cárcel un hombre por deudas que debe, movido de compasion tomase á su cargo las deudas del preso; en el cual caso justo sería librar al deudor por la satisfaccion del piadoso fiador. Pues si esto se usa y platica entre los hombres, con mayor razon tendrá lugar en las obras de aquel magnificentísimo Señor, que siempre busca ocasiones para usar de su natural bondad y clemencia; y así vemos cuántas mercedes hizo á muchos, no por sus merecimientos, sino por los ajenos. Así las hizo á Ismael por amor de su padre Abraham (k), y á Esaú por amor de Jacob (l), y á los hijos de Loth, puesto que servidores de ídolos, por amor de su padre; no consintiendo que á estos y á los descendientes de Esaú se tomase un palmo de la tierra que él les había dado. Pues ¿cuántas veces perdonó á muchos de los reyes de Judá (m) por amor de David su padre? Y lo que mas es, el mismo Señor confiesa que mereciendo su pueblo ser por gravísimos pecados castigado, buscaba algun varon sancto, para que con sus merecimientos y oraciones aplacase su ira, y detuviese el castigo que estaba merecido (n). Porque desta manera aplacó Moysen á Dios,

(i) Psalm. 84. (k) Gen. 17. (l) Deut. 2. (m) 5. Reg. 11. 15. 4. Reg. 8. 19. 20. (n) Ezech. 22.

ayunando cuarenta dias, y haciendo oracion por el pecado de su pueblo (o). Pues siendo esta la naturaleza y condicion de aquella summa bondad, ¿qué cosa pudiera ser mas conforme á ella, que perdonar al mundo por el sacrificio voluntario de su único Hijo, ofrecido por los pecados con entrañas de ardentísima caridad y compasion de nuestros males? Y aun esta manera de remedio convenia para la culpa del género humano, el cual así como había sido condenado por ajena culpa, así fuese absuelto por ajena justicia, como arriba se declaró.

CAPITULO VI.

Cuán proporcionada haya sido la manera de la satisfaccion de nuestro Salvador, y cuán conforme á las leyes de justicia.

Mas no se contentó la divina justicia con que tuviese virtud y gracia de merecimiento infinito el que hubiese de satisfacer por culpa infinita; sino quiso tambien que hubiese proporcion y correspondencia entre la satisfaccion y la culpa. Para cuyo entendimiento se han de presuponer dos cosas: La una, que así como en la medicina se cura un contrario con otro (que es, lo frio con lo caliente, y lo caliente con lo frio), así la satisfaccion de las culpas se hace con virtudes á ellas contrarias, esto es, la soberbia con humildad, la avaricia con largueza, el regalo de la gula con el rigor de la abstinencia, etc. Es pues agora de saber que dos deformidades grandes entrevinieron en aquel primer pecado. Porque primeramente hubo en él soberbia, y tan gran soberbia, que el que era puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios. A lo ménos la mujer engañada por la serpiente, esto deseó. Pues para la cura de tan gran soberbia, ¿qué otro medio había mas proporcionado que una humildad tan grande quanto lo fué aquella soberbia en su malicia? Pues si la soberbia fué levantarse un puro hombre á usurpar la semejanza de Dios, la humildad había de ser, que el que era verdadero Dios se abajase á tomar semejanza y forma de hombre. Lo cual solo podía hacer y hizo aquel Señor, de quien dice el Apóstol (a), que estando en forma de Dios, y siéndole natural y propia esta dignidad, se abajó á tomar verdadero ser y forma de hombre.

Y asimismo en aquella soberbia del primer hombre hallamos tambien que el que era por ley de naturaleza y de justicia totalmente siervo y subjecto á su Criador, se eximió desta jurisdiccion, y se hizo libre y señor absoluto de sí mismo, cumpliendo su propia voluntad contra la de su legítimo y verdadero Señor. Pues segun esto la enmienda desta culpa había de ser, que el que era plenariamente señor bajase á tomar forma de siervo, y á hacer oficio de siervo; porque sola esta humildad se contrapone á aquella soberbia, pues diciendo tanto quanto aquella se levantó. Lo cual solo pudo hacer aquel que siendo universalmente Señor de todo, se abajó á tomar forma de siervo, como su Apóstol dice (b), y como el mismo Señor testifica, diciendo (c): No vino el Hijo del hombre á ser servido, sino á servir. Y en otro lugar, hablando con sus discípulos (d): Yo, dice él, estoy en medio de vosotros, no como señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve.

Lo segundo, en aquel primer pecado se halló manifesta desobediencia de aquel hombre, que en todo y por todo estaba obligado á obedecer á su Criador y Señor. La cual

(o) Exod. 33. 34. (a) Philip. 2. (b) Ubi supr. (c) Matth. 20. (d) Luc. 22.

desobediencia no tenia otro mas propio contrario que la obediencia de aquel Señor que siendo exempto de toda subjeccion, quiso por sola su voluntad hacerse obediente hasta la muerte. Y así como la desobediencia de aquel llegó á poner las manos en el árbol vedado, así la obediencia deste llegó á extender las suyas en el árbol de la Cruz, como el Eterno Padre lo había ordenado: para que lo que por un árbol se había perdido, por otro fuese restaurado, y el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido. Pues de la satisfaccion desta obediencia se siguió lo que el Apóstol dice (e), que así como la desobediencia de un hombre fué causa de haber muchos pecadores, así la obediencia de Cristo lo fué de haber en el mundo muchos justos.

Demas destas conveniencias da Sant Augustin otra en el libro que intituló *Cur Deus homo* (f), la cual prosigue con un maravilloso discurso, que es razon enjener en este lugar para consolacion de los fieles. Pregunta pues este sancto, por qué quiso Dios que fuese tan áspera la satisfaccion de Cristo mediante su muerte, con todo lo demas que en ella padeció. A lo cual responde, diciendo, que así como el primer hombre pecó por la suavidad de aquella fruta que comió, así la satisfaccion deste pecado había de ser con desgusto y aspereza; y el hombre, que vencido del demonio tan fácilmente desató á Dios cuando pecó, tan ásperamente fuese reparado por Cristo cuando por la gloria y obediencia de su Padre padeció. Y ninguna cosa mas áspera puede el hombre padecer por la honra de Dios, que muerte voluntaria y no debida; ni otra mayor le puede ofrecer que este linaje de muerte. Mas cuánto sea lo que el Hijo de Dios ofreció á su Padre cuando dió á sí mismo, todos lo entendemos; pues como sea verdad que tan grande ofrenda como esta no deba carecer de galardón, necesario es que el Padre eterno la gratifique á su Hijo. Ca de otra manera sería injusto si no le quisiese gratificar, ó impotente y flaco si no pudiese; y ni lo uno ni lo otro cabe en Dios. Mas á quien se gratifica algun servicio, forzosamente ó le han de dar lo que no tiene, ó perdonarle lo que debe. Mas nada desto cabe en la persona de Cristo; porque quitada aparte la gloria de su cuerpo y de su sancto nombre, no le fué dado mas de lo que él tenía; ni tampoco había cosa que se pudiese perdonar á quien no tenía pecado. Pues luego ¿qué galardón se podrá dar al que está tan rico, y al que ninguna culpa tiene que se le pueda perdonar? De manera que por una parte hay obligacion de galardonar, y por otra imposibilidad. Pues si un galardón tan debido no se da al Hijo, ni á otro alguno por él, parece que en vano el Hijo ofreció tan grande ofrenda á su Padre. Por lo cual es necesario que pues al Hijo no se puede dar debido galardón, se dé á otro por él. Pues si el Hijo quisiere hacer donacion á otro de lo que á él se debe, ¿podrá por ventura el Padre negar esto que el Hijo requiere? Síguese luego que el Padre estará obligado á dar el premio desta obra á quien el Hijo lo quisiere aplicar. Pues ¿á quién podrá él aplicar mas convenientemente el fructo y galardón de su muerte, que á aquellos por quien se hizo hombre, y á quien con su muerte dió ejemplo de morir por la justicia? Por donde en vano serán imitadores de su ejemplo, si no fueren participantes de su merecimiento. Y ¿á qué otros mas justamente hará él herederos de la deuda que á él se debe, que á sus padres y hermanos, á los cuales ve

(e) Roman. 5. (f) Cap. 9.

obligados con tantas deudas, y sumidos en el profundo de las miserias, para que les sea perdonado lo que por el pecado deben? Ciertamente ninguna cosa se pudo denunciar al mundo mas conforme á razon, ninguna mas dulce, ninguna mas digna de ser deseada. Por lo cual puede el hombre por esta via concebir una grande fe, confiando que á nadie desechará el Padre eterno de sí, llegándose á él debajo de la confianza deste glorioso nombre, si con todo eso se llegare con la disposicion y aparejo que pide la participacion desta gracia. Démos pues todos gracias á Dios; porque si caímos gravemente, somos relevados maravillosamente, pues por la muerte del medianero alcanzamos una tan grande misericordia que sobrepuja toda deuda. Porque ¿qué mayor misericordia que decir Dios á un pecador condenado á tormentos eternos: Toma á mi Hijo, y ofrécelo por tí; y decir el mismo Hijo: Tómame á mí, y dame por tí? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin; las cuales ya se ve cuán grandes motivos nos dan para esperar en la misericordia del Señor. Mas porque la esperanza ha de ir acompañada con temor, notemos las palabras que este sancto al cabo dice, avisándonos del aparejo que de nuestra parte se requiere, que es la penitencia y la enmienda de la vida, para hacernos participantes desta gracia.

Pues con este sacrificio quedó tan satisfecha la ofensa y deuda del género humano, que mucho mas agradó al eterno Padre esta obediencia de su Hijo, que le desagradó la desobediencia de aquel primer hombre, y de todos los hombres; y mucho mas glorificado fué con la obediencia de la Cruz, que ofendido con todos los pecados del mundo; y mas suave le fué el olor deste summo sacrificio, ofrecido en el altar de la Cruz con fuego de ardentísima caridad, que le desagradó el mal olor de todos los pecados del género humano. Este summo sacrificio figuraban todos los sacrificios de la ley antigua, de los cuales se escribe que daban de sí un olor suavísimo en el acatamiento de Dios (g). Pues claro está que no bastaba el humo de los becerros y carneros muertos para dar de sí este tan suave olor; mas este olor daba el sacrificio de Cristo, el cual así como fué acompañado de todas las virtudes, así fué suavísimo ante el Señor de las virtudes.

§. I.

Virtudes que resplandecieron en esta superabundante satisfaccion.

De lo dicho parece claro cuán proporcionado haya sido este medio del sacrificio y pasion de nuestro Redemptor para plenario descargo de aquella primera culpa, causadora de todos nuestros males; pues mucho mas fué lo que nuestro clementísimo Salvador ofreció á su eterno Padre, que lo que aquel primer hombre con su soberbia y desobediencia le quitó. De donde resultó quedar él suficientísimamente satisfecho y aplacado por aquella culpa. Y así por esto le da gracias el profeta Isaías, en nombre del mundo redimido, por estas palabras (h): Alabarte he, Señor, y confesarme he á tí, porque estando contra mí airado, volviste tu furor en mansedumbre, y tuviste por bien consolarme. Veis aquí á Dios mi Salvador, ya viviré en él muy confiado, y no tendré por qué temer. Porque mi fortaleza y alabanza es el Señor, y él se ha hecho mi salud. Y al mismo tono da gracias y canta el Salmista diciendo (i): Bendijiste, Señor, tu tierra, y soltaste la captividad de Jacob. Perdonaste la maldad de

(g) Genes. 8. Exod. 29. Levit. 1. etc. (h) Cap. 12. (i) Psalm. 81.

su pueblo, y cubriste todos sus pecados. Amansaste la ira que tenias contra nos, y desististe de la ira de tu indignacion. Esto era justo que así fuese; porque la ira merecida por los pecados era razon que se mudase en misericordia, habiéndose ofrecido tal sacrificio por ellos.

Mas cuán agradable haya sido este sacrificio al eterno Padre, ¿qué palabras bastarán para lo declarar? Para cuyo entendimiento es necesario presuponer que ninguna cosa hay en el cielo ni en la tierra, igualmente hermosa y preciosa en los ojos de Dios, sino sola la virtud y sanctidad; así como ninguna hay fea ni abominable ante él, sino el malo y su maldad. Pues según esto, ¿cuán precioso y hermoso sería el sacrificio de la muerte de su unigénito Hijo, en el cual tantas virtudes concurrieron en summo grado de perfeccion? Porque primeramente aquí entrevino aquella perfectísima obediencia del Hijo de Dios, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de que ya tratamos. Aquí entrevino un encendísimo celo de la gloria del eterno Padre, deseando el Hijo satisfacer con su sangre á la ofensa y desacato cometido contra su majestad. Pues ¿qué diré de aquella profundísima humildad, mediante la cual quiso este Señor ser justiciado como malhechor, y tenido en ménos que Barrabas? ¿Qué diré de aquella perfectísima paciencia y sufrimiento de los mayores dolores que en el mundo se padecieron? Por lo cual es Cristo figurado por aquella piedra dura que dió agua en el desierto (*k*), como dice el Apóstol (*l*). Pues ¿qué palabras bastan para alabar aquella mansedumbre del Cordero sin mancilla, que ninguna palabra habló contra los que tan cruelmente le tresquilaban y maltrataban (*m*): ántes estando ellos blasfemando y meneando sus cabezas, y escarneciéndole, sentía mas la culpa de su pecado, que su propio tormento? Pues ¿qué diré de aquella admirable fortaleza con que tan animosamente se ofreció á recibir á sus enemigos? (*n*) La cual quiso Dios que fuese figurada en el sacrificio del cordero pascual, mandando que de tal manera lo sacrificasen y comiesen, que ningun hueso le quebrasen (*o*). Pues ¿qué fué esto sino representarnos la fortaleza inexpugnable deste Señor, que entre tantas maneras de tormentos nunca se enflaqueció ni desmayó? Pues ¿qué diré de la pobreza evangélica que tanto allí resplandeció, muriendo este Señor en la Cruz desnudo (*p*), y siendo despues sepultado de limosna en sepulcro ajeno?

Con estas virtudes tan admirables se juntó la perseverancia, con la cual este Señor se esforzó como gigante á llevar este negocio dende su primer principio hasta su último fin, que fué dende el pesebre hasta la cruz, de la cual no quiso deceder, aunque sus contrarios daban voces y clamaban: Si es rey de Israel, decienda de la cruz, y creeremos en él (*q*). Mas no solo llegó esta perseverancia hasta la cruz, sino de ahí abajó á las profundidades de la tierra, que es al limbo, de donde sacó á sus escogidos, y los trajo consigo, y no paró hasta abrirles las puertas del cielo, y presentarlos á su eterno Padre, y asentarlos en aquellas sillas que ab eterno les estaban aparejadas. Donde cumplió lo que habia prometido á sus fieles siervos: es á saber, que los haria asentar á su mesa, y pasando por entre ellos les administraría el pasto de la felicidad eterna (*r*). Y así cumplió lo que el profeta Za-

(k) Exod. 17. (l) 1. Cor. 10. (m) Matth. 27. Luc. 23. (n) Joan. 18. (o) Exod. 12. (p) Luc. 23. (q) Marc. 13. (r) Luc. 22.

carías habia mucho ántes profetizado, diciendo (*s*): Tú, Señor, con la sangre de tu testamento sacaste libres á tus escogidos de aquel lago donde no habia agua. Por la cual palabra entiende el lugar del limbo donde los antiguos padres esperaban su libertad. Y llama sangre de su testamento, como el mismo Señor la llama (*t*), porque por su sangre y por su muerte quedaron firmes y irrevocables las mandas y promesas que él nos tenia prometidas. Mas de todas estas virtudes que en la sagrada pasion resplandecen, trataremos mas copiosamente en su lugar.

Pero entre todas ellas señaladamente resplandeció aquí la caridad, que fué el amor de la salud del mundo, y de la gloria del Padre, el cual habia de ser sumamente honrado y glorificado por aquel nobilísimo sacrificio. Porque dél habia de manar tanta muchedumbre de santos, de confesores, de monjes, de vírgenes, y sobre todo de infinitos mártires; los cuales por ejemplo y esfuerzo de la sancta Cruz habian de glorificar á Dios con sus muertes. Y todo esto veia y pretendia este Señor en su sagrada pasion. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el Salvador poniendo ante sus ojos el alegría de todos estos frutos, abrazó la Cruz, sin hacer caso de su deshonra y confusion (*v*).

§. II.

Satisfizo Cristo á su eterno Padre con dos gustosísimos convites proporcionados á su grandeza.

Pues según lo dicho, ¿qué otra cosa fué este sacrificio sino un banquete y un convite real, que el Salvador del mundo presentó ante el acatamiento de la sanctísima Trinidad, donde ofreció tantas diferencias de manjares preciosísimos cuantas virtudes aquí resplandecieron? Mas la mayor gracia deste convite era la dignidad del maestresala que lo ofrecía, que era el mismo Hijo de Dios, igual á su eterno Padre. Porque dado caso que la persona divina, en cuanto divina no pudiese padecer, mas por estar tan estrechamente unida con la sacra humanidad, todo lo que la humanidad padecía, se atribuye á ella. Este espiritual convite fué figurado en otro que el patriarca Abraham ofreció á aquellos tres varones en quien se representaba la sanctísima Trinidad (*x*), á los cuales despues que adoró prostrado en tierra, rogó que aceptasen dél un convite el cual ellos aceptaron de buena voluntad. Y él entónces á gran priesa acudió á Sara, mandándole que amasase tres panes de la flor de la harina y los cociese en el rescoldo de las brasas; y él fué á gran priesa á su ganado, y trajo un becerro muy tierno, y muy bueno, y dióle á un su criado para que muy de priesa lo cociese. Y tomó tambien manteca, y leche, y el becerro que habia cocido, y todo esto junto puso delante dellos. Los cuales despues de haber comido, prometieron al sancto patriarca el hijo Isaac, que despues le nació. Pues ¿qué es esto? ¿Comen manjares corporales las tres personas divinas ó los ángeles que las representaban? Claro está que no. Pues ¿por qué aceptaron este convite y comieron todo lo que se les puso delante, sino para significar el agradecimiento que la beatísima Trinidad recibió con el convite de aquel ternísimo becerro asado en la Cruz con fuego de amor, que es con la muerte que el Hijo de Dios en ella padeció por la obediencia y gloria de su Padre?

(s) Zachar. 9. (t) Matth. 26. Marc. 14. (v) Hebr. 12. (x) Gen. 18.

Mas aquí son mucho para considerar las circunstancias con que el Salvador acompañó esta muerte. Suelen los que ofrecen á los reyes algun manjar de grande precio, adornarlo con rosas y flores olorosas, para acrescentar con esto la gracia del presente. Pues desta manera el Hijo de Dios, ofreciendo al Padre eterno el sacrificio y muerte deste becerro, no se contentó con padecer la muerte que le era mandada, mas quiso tambien adornarla con maravillosos olores de rosas y flores, que fueron las bofetadas, y pescozones, y azotes, y espinas, y escarnios, y vituperios, y otras muchas maneras de injurias que padeció, con las cuales declaró la devocion y alegría con que aceptó la muerte de Cruz; pues con tantas otras injurias la hermoseó, para que fuese mas agradable á los ojos de su eterno Padre. Pues por aquel convite de Abraham le fué prometido el hijo Isaac, de quien tantos otros hijos habian de nacer; y por este sacrificio se prometió al Salvador otro mas espiritual hijo, que fué el pueblo cristiano, que por todo el mundo se habia de dilatar.

Mas allende los manjares suavísimos destas virtudes susodichas, que se representaron en este convite, habia aun otro manjar de mayor precio y suavidad, que fue la promptitud y voluntad encendísimas con que el Hijo de Dios se ofreció á la ignominia de la cruz, por la gloria de su eterno Padre, y de la salud del mundo: la cual fué tan grande, que ningun entendimiento de hombres ni de ángeles basta para comprehenderla. Por lo cual es cierto, que no solo aquella muerte que sufrió, pero mil muertes y martirios (si para esto fueran necesarios) padeciera con la misma voluntad y promptitud que uno solo; pues en él habia gracia y caridad para esto, y para mucho mas.

Por donde entendéremos otro mas excelente convite que el pasado en la voluntad de Cristo. Porque mucho mas amó que padeció; y mucho mas estaba aparejado á padecer, si nos fuera necesario. Por donde ante los ojos de aquel soberano Señor que señaladamente mira las voluntades y corazones, mucho mas agradable le fué el sacrificio interior de la voluntad de Cristo, que el de la sagrada pasion, si hicieremos solamente comparacion de lo que padeció en su sagrado cuerpo, á lo que en su ánima sanctísima deseó, que (como dijimos) fué sin comparacion mucho mas. Y así tenemos en este summo sacrificio dos aceptísimos sacrificios, uno visible y otro invisible: quiero decir, uno que en parte se vió, y otro que del todo no se vió (que fué esta promptitud y voluntad de padecer mas, si nos fuera necesario), y por ambos debemos á este Cordero summo amor.

CAPITULO VII.

Del grande beneficio que el mundo recibió por esta satisfaccion de Cristo nuestro Redemptor.

Pues quitados por el mérito deste sacrificio los pecados, que eran el muro de la division, y la causa de la enemistad entre Dios y los hombres (como arriba dijimos) y hecho ya Dios amigo dellos, ¿qué se podría de aquí seguir, sino abrir él luego las areas de sus tesoros, y repartirlos con los hombres, y tratarlos como á hijos y amigos el que en los tiempos pasados los tenia por enemigos? Y así la primera cosa que hizo, fué abrir las puertas del cielo (que dende el principio del mundo habian estado cerradas) y admitir en ellas hasta los ladrones. Y luego envió su mismo Sancto Espíritu al mundo

en forma de fuego y de lenguas, para que con el fuego de la caridad purificase, y abrase, y esforzase los corazones de los discípulos, y con el don de las lenguas les diese facultad para predicar en todas las naciones del mundo la gracia del Evangelio. Y esto les mandó el Salvador por Sant Márcos, diciendo (*a*): Id á todo el universo mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. De suerte que el Señor, que en solo el rincon de Judea era conocido, quiso ser en todo el mundo predicado, y que no hubiese criatura alguna que quedase excluida y privada desta gracia. Mas por Sant Mateo manda esto mismo con mas palabras; porque ántes de dar á los discípulos este mandamiento, dijo que le era dado, en cuanto hombre, todo poder en el cielo y en la tierra (*b*): asegurándolos con esto, que no temiesen los encuentros del mundo, ni la dificultad y novedad del negocio, pues tenian de su parte el favor de quien tenia todo el poder de cielos y tierra en su mano. Y porque no pensasen que este favor era por poco tiempo, añadió aquellas palabras de grandísima consolacion y confianza. Mirad que yo estaré con vosotros todos los dias hasta que se acabe el mundo. Habiendo pues apercebido y esforzado los discípulos al negocio con esta promesa, mándales que vayan por el mundo, y prediquen á todas las gentes, y las bauticen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto, que es una de las mayores gracias y misericordias de nuestro Señor; porque con solas estas palabras (habiendo displicencia de los pecados pasados), sin dar mas penitencia, son perdonados al bautizado á culpa y á pena los pecados que en toda la vida hubiere cometido, por gravísimos y enormes que sean; y allí le recibe Dios por hijo, y le comunica el espíritu de su hijo, y lo hace heredero de su reino. Pues esta tan subida y tan grande gracia se ofrece á todas las gentes por el mérito de la satisfaccion de Cristo, que pagó, como el Profeta dice (*c*), por lo que no habia robado. Y no contento con esto, sin aguardar mas tiempo, ese mismo dia que resucitó, apareció en la tarde á sus discípulos, y les dió autoridad y poder general (y á todos los sacerdotes en ellos) para perdonar pecados, diciendo: Recibid el Espíritu Sancto; cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos (*d*). Y sobre todo esto, al príncipe de los apóstoles, Sant Pedro, encomendó tres veces su Iglesia, donde le entregó las llaves que ántes de su pasion le habia prometido, diciendo (*e*): Pondré en tus manos las llaves del reino de los cielos, con tanta autoridad y poder, que lo que tú atares en la tierra, será atado en el cielo, y lo que soltases en la tierra, será suelto en el cielo. Pues ¿qué mayor poder y autoridad se pudiera dar á una criatura? ¿Qué es esto, sino en su manera hacer á un hombre dios y señor del reino de los cielos? Y es aquí mucho para considerar, que enviando el Señor ántes de su pasion á predicar á sus discípulos, les mandó que no fuesen á las ciudades de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel (*f*). Mas ofrecido ya este sacrificio, mándales que vayan á todo el mundo y á todas las gentes, sin hacer diferencia de judíos á gentiles, y de bárbaros á scitas, y que á todos ofrezcan esta gracia, y prediquen esta buena nueva del Evangelio. La razon de lo cual alega el Apóstol diciendo (*g*): ¿Por ventura Dios es Señor de solos los judíos? ¿No lo es tambien de todas las gentes? Cier-

(a) Cap. ult. (b) Cap. ult. (c) Psalm. 68. (d) Joan. 20. (e) Joan. 21. Matth. 16. (f) Matth. 10. (g) Rom. 3.

tamente así lo es; y él es el que justifica los circuncidados por la fe, y los no circuncidados por esa misma fe. Y con estar los gentiles envueltos en vicios y crueldades horribles, y atollados hasta los ojos en el cieno de turpísimas carnalidades, no tuvo asco aquel Sancto Espíritu divino de morar en los corazones de tales monstruos; porque la gracia alcanzada por el sacrificio de Cristo era poderosa para hacer destes monstruos ángeles, y, como dice Sant Crisóstomo (h); por ella las mujeres públicas vienen á hacerse mas puras que las estrellas del cielo. Y esto es lo que por una maravillosa figura representó Dios al apóstol Sant Pedro (i); porque determinando enviarle á predicar á una casa de gentiles, y entendiendo que su Apóstol rehusaria tratar con gente tan abominable, mostróle en vision un lienzo que bajaba del cielo lleno de culebras, y víboras, y otros animales fieros, mandándole que los matase y comiese dellos. Mas rehusando el Apóstol la tal comida (como cosa sucia y defendida en la ley), fuéle respondido: Lo que Dios santificó no llames tú cosa sucia; dándole á entender que la divina gracia era poderosa para convertir los lobos en corderos, y las serpientes en palomas: esto es, los grandes pecadores en grandes santos. Y dichas estas palabras, el lienzo se volvió al cielo, de donde ántes habia venido. Y esto dice la Escritura que le acaesció tres veces en aquella vision, teniendo él á la sazón gana de comer. Por lo cual entendió el Apóstol la grande gracia y magnificencia de Dios, la cual se extendia por los méritos de Cristo á todas las naciones del mundo, por bárbaras, y fieras, y abominables que fuesen, porque el licuor preciosísimo de la sangre del Cordero era poderoso para hacer de bestias fieras corderos. Estos favores y gracias nunca vistas en el mundo, ¿por qué causa se dieron, sino por aquel divinísimo y summo sacrificio de Cristo? El cual por razon de la dignidad de la persona que lo ofrecia, y de todas las otras circunstancias que en él concurrieron, fué de infinita accepcion en los ojos del eterno Padre, y bastante para redimir no uno solo, sino mil mundos. Este pues fué el primero y mas esencial fruto del árbol de la sancta Cruz, que fué satisfacer por los pecados del mundo, del cual se siguieron todos los otros.

CAPITULO VIII.

Segundo fruto del árbol de la Cruz, que es la dignidad y gloria que nos vino por ella.

Este pues es el primer fruto del árbol de la sancta Cruz con que se redimió la primera y la mayor de nuestras necesidades, que era ser reconciliados con el eterno Padre mediante la satisfaccion de su unigénito Hijo. Deste primer fruto se sigue otros que es ser restituído el hombre en aquella primera dignidad y honra en que Dios lo habia criado. La cual dignidad y honra nos vino por haber querido el sanctísimo Hijo de Dios vestirse de nuestra naturaleza: en la cual gloria sobrepujamos aun á los ángeles, á quien esta gracia, como encarece el mismo Apóstol (a), no fué concedida. Vemos que cuando un grande rey casa con una doncella, todos los deudos de ella quedan honrados y ennoblecidos con este casamiento. Pues habiéndose el Rey de los reyes y Señor de los señores desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de casamiento, que ni en vida ni en muerte se pudo desatar (pues en ambas naturalezas no hay mas

(h) Ex cap. 21. Matth. Hom. 68. infr. med. tom. 2. (i) Act. 10. (a) Hebr. 2.

que una sola persona), claro está que toda la naturaleza humana fué grandemente honrada y sublimada con esta nueva dignidad y parentesco del Hijo de Dios. Por donde puede ya el hombre con David decir á Dios (b): Tú eres, Señor, mi gloria y el que me heciste levantar cabeza; ca por el pecado quedé sumido en el profundo de los abismos, mas por este misterio encorporáste me contigo y hicíste me amigo tuyo, hermano tuyo, heredero tuyo, y como dijo Misiboset á David (c), asentáste me entre los convidados de tu mesa (que son los ángeles), haciéndome en esto igual á ellos. De aquí procedió que nasciendo este Señor en el mundo, y dando los ángeles gloria á Dios por este nascimiento, luego saludaron á los hombres, como á participantes desta gloria, diciendo (d): Paz sea á los hombres de buena voluntad; reconociéndolos por hermanos, por compañeros de su gloria, por ciudadanos de un mismo reino, por hijos de un mismo padre, y partes principales de una misma república.

Y no solamente la naturaleza humana de que se vistió Cristo honró al hombre, mas tambien el valor del precio con que fué rescatado y librado de su vana conversacion que, como dice el apóstol Sant Pedro (e), no fué oro ni plata, sino la sangre preciosa de aquel Cordero inocentísimo y purísimo, conocido de Dios ántes de la creacion del mundo y manifestado en el fin del mundo. Por donde dice Sant Bernardo (f): Maravillosa fué la dignacion de Dios que así quiso buscar al hombre, y maravillosa la dignidad del hombre así buscado de Dios; en la cual, si quisiere podrá justamente gloriarse, no por lo que es de sí mismo, sino por lo mucho en que lo estimó su Redemptor comprándolo por su sangre. La cual dignidad explicó el apóstol Sant Pedro cuando dijo (g) que los fieles éramos llamados á la participacion del rocío de la sangre de Cristo, que es á la comunión de la dignidad y de los frutos admirables que por esta preciosa sangre nos vinieron.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad, no se abata á cosas viles, y rastreras, y indignas de su generosidad, viéndose redimido por tal precio y hermanado y encorporado con Cristo? Por lo cual dice Sant Augustin (h): Conoce, hombre, cuánto vales y cuánto debes; y considerando el precio por que fuiste comprado, no te tengas en poco ni te abatas á las bajezas del mundo. Porque de otra manera vendrás á ser deudor y reo, no de pequeño precio, sino de la sangre de Cristo, si afeas y amancillas el ánima purificada con su sangre, abatiéndola á la vileza de los vicios carnales, y cambiándola por el gusto de los apetitos sensuales. Por tanto si no conoces tu dignidad, aprende á estimarla por este precio y no hagas della tan gran barato. Porque si aquel tan sabio mercader que vino del cielo, el cual tan perfectamente conocia el valor de nuestras ánimas, las estimó en tanto que no dudó comprarlas con su sangre, ¿cómo tiene el hombre atrevimiento para venderlas y ponerlas otra vez en poder del enemigo por un poco de interese corporal ó por la golosina de un deleite bestial? Pues esta consideracion hizo que todos los santos no se acevilasen y abatiesen á la baja del pecado, por no poner mácula en la dignidad y gloria que por este misterio les vino; teniendo por cosa indignísima, viéndose levantados á la dignidad de hijos de Dios y

(b) Psalm. 5. (c) 2. Reg. 49. (d) Luc. 2. (e) 1. Pet. 1.

(f) In Vig. Nat. Domin. ser. 3. (g) 1. Pet. 1. (h) De Tempor. Ser. 120. Dom. Palmar. tom. 10. in Append.

miembros de Cristo, volverse á hacer esclavos del demonio y miembros de Satanás, y perder por la sombra de un vano deleite lo que por tan caro precio fué comprado.

CAPITULO IX.

Tercero fruto del árbol de la Cruz, que fué alcanzar por medio della un summo sacerdote que interceda por todas nuestras necesidades ante el acatamiento del eterno Padre.

Demas de lo dicho teniamos tambien necesidad de un fiel abogado y summo sacerdote que ante el eterno Padre abogase por nosotros y procurase el remedio de infinitas necesidades de que estamos cercados en esta vida, así del cuerpo como del ánima. Porque las enfermedades del cuerpo, sus necesidades, sus desastres y pobreza son innumerables; de las cuales nadie en este valle de lágrimas está exempto, y mucho ménos los que viven en el estado de matrimonio; los cuales, como dice el Apóstol (a), están sujetos á mayores trabajos; ca no solamente sienten los de sus personas propias, sino tambien los de los hijos, mujeres y maridos, que se sienten á veces mas que los propios.

Estas miserias son de los cuerpos; mas ¿cuánto mayores son las de las ánimas, esto es, de la fuerza de nuestras pasiones y apetitos desvariados? Los cuales despedazan nuestros corazones, inquietan nuestras vidas, abátannos á la tierra, captivan nuestras voluntades, enlázanos en mil cuidados, perturban la paz de nuestro corazon, privánnos de la verdadera libertad, hácnos esclavos de nuestra carne, y sobre todo, apártannos muchas veces de nuestro legítimo y verdadero Señor. Pues con estas cosas el miserable hombre recibe aquí la pena de su pecado. Porque, como dice Sant Augustin hablando con Dios (b), mandáste lo, Señor, y verdaderamente es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Pues ¿qué diré de los lazos y tentaciones de nuestro comun adversario, que son sin cuento, el cual como leon rabioso busca siempre á quien tragar?

Pues volviendo á nuestro propósito, siendo tantas y tan continuas las miserias desta vida, teniamos necesidad de un perpetuo abogado y sacerdote ante la majestad del eterno Padre, para que entreviniere en el remedio de tantas necesidades; el cual le fuese tan accepto que aunque perpetuamente abogase por nosotros nunca jamas lo enfadase. Pues este tal abogado no podia ser otro sino el mismo Hijo del eterno Padre infinitamente amado. Este es pues el que asiste siempre en su acatamiento, representándole aquellas preciosas llagas y aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa; porque esta continua representacion es la continua intercession con que aboga por nosotros.

Y no contento el Padre eterno con habernos proveído de tal intercesor, para esforzar nuestra confianza prométenos esto con un muy solemne juramento, como lo testifica David por estas divinas palabras (c): Juró Dios, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú serás sacerdote eterno segun la orden de Melquisedec. ¿Qué negocio es este tan grande que se hace con tanta solemnidad? Callo aquí el misterio que está encerrado en este nuevo sacerdocio de Melquisedec, de que el Apóstol hace tanto caso y declara tan por extenso (d). Solamente pregunto, ¿á qué propósito dice el Profeta que juró Dios,

(a) 1. Cor. 7. (b) In Psalm. 56. cont. 2. tom. 8. (c) Psalm. 109. (d) Hebr. 7.

pues bastaba decir que lo dijo, sin que lo jurase, pues él es la misma verdad? Y sobrando tambien decir que lo juró, ¿para qué añade que no se arrepentirá de lo que juró, pues en Dios no cabe arrepentimiento de lo que dice, ni de lo que hace? Todo esto era necesario para declarar la infinita accepcion deste summo Sacerdote, para esforzar la flaqueza de nuestra confianza; porque quien tantas mil veces en la vida pide perdon por Cristo de unas culpas sobre otras, y quien tantas veces pide por el remedio de necesidades sobre necesidades, y de miserias sobre miserias, pudiera desmayar diciendo: Tengo ya tantas veces alegado este nombre, tengo tan cansada la paciencia divina, provocado su ira, importunado su misericordia, que no puede haber merecimientos tan grandes, que no estén agotados con tantas expensas como cada día se hacen destes merecimientos, y con tan repetidas oraciones como continuamente se hacen por este nombre. Porque quien estuviere atento á las voces de todos los altares y de todos los oficios divinos, verá que todas las peticiones y oraciones de la Iglesia se acaban con estas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, etc.*: que es pedir al Padre eterno mercedes y remedio por los méritos de su unigénito Hijo. Pues siendo esto así, pudiera algun flaco (midiendo las cosas de Dios con el estilo del mundo) imaginar que estaria Dios ya enhastado con el sonido perpetuo destas voces y deste nombre tantos mil cuentos de veces alegado y repetido. Mas la bondad y sabiduría divina, compadeciéndose de nuestra rudeza, añadió aquella palabra: *Y no se arrepentirá*; la cual no solamente no es superflua, mas ántes es grandemente significativa, porque tácitamente nos declara que por mas importunidades y peticiones que haya por este nombre, aunque sean mas que las arenas de la mar, nunca el eterno Padre se empalagará de oír estas voces; porque al cabo todas ellas son finitas, mas los méritos deste summo Sacerdote son infinitos. Y demas desto los hombres suelen arrepentirse de lo que prometen, cuando por curso de tiempo experimentan haberse obligado á mas de lo que podian. Mas en aquella summa sabiduría no cabe tal ignorancia; y por esto no se arrepentirá de lo que prometió, porque supo muy bien lo que prometia, y por quien lo prometia. Sea pues bendito tal dador, y bendito tal sacerdote, y bendita tal providencia que así proveyó á nuestras miserias; y maldita sea nuestra desconfianza, y nó ménos nuestra negligencia, que teniendo tal valedor, tal intercesor y tal abogado, dejamos perder tantos bienes, cuantos por él podríamos alcanzar; pues nos tiene Dios abiertas las arcas de sus tesoros, y entregó las llaves dellos á un Señor, que siendo hijo suyo es hermano nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y tiene poder general para repartir con sus hermanos estos tesoros, si se quisieren disponer para recibirlos.

CAPITULO X.

Cuarto fruto del árbol de la Cruz, que es el conocimiento de Dios, y de todo lo demas que pertenece á nuestra salvacion.

Procediendo mas adelante por las necesidades y remedios del hombre, demas de lo susodicho tenia grande necesidad de conocimiento de Dios; porque este es el primer principio de todos los pasos que se dan en la vida cristiana. Esta es la primera rueda deste reloj, el fundamento deste espiritual edificio de las virtudes, y es como el primer cielo, que es causa del movimiento de todos